

La fundación de la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas y las primeras acciones de apostolado en las islas*

The Foundation of the Holy Rosary province in Philippines and the first steps of the apostolic action in the islands

Anna BUSQUETS
Universitat Oberta de Catalunya
abusquetsa@uoc.edu

RESUMEN: El objetivo de este trabajo es analizar la fundación de la Provincia del Santísimo Rosario de las Filipinas, reseguir las primeras acciones de apostolado de los dominicos en Manila y presentar la historia del archivo la Provincia del Santísimo Rosario de Ávila (APSR) y la relevancia de los fondos que en él se conservan.

PALABRAS CLAVE: Dominicos – Manila – Chinos – Archivo Provincia del Santo Rosario Ávila – Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas.

* Este trabajo se enmarca en las actividades de investigación del proyecto *Redes de información y fidelidad (REDIF): los mediadores territoriales en la construcción global de la Monarquía de España (1500-1700)* (Ref. PID2019-110858GA-I00, Ministerio de Ciencia e Innovación, Gobierno de España).

ABSTRACT: The objective of this article is analyze the founding of the Province of the Most Holy Rosary of the Philippines, trace the first apostolate actions of the Dominicans in Manila and to present the history of the archive of the Province of the Most Holy Rosary of Ávila (APSR) and the relevance of the funds that are kept in therei.

KEYWORDS: Dominicans – Manila – Chinese – Archive Province of the Most Holy Rosary Avila – Province of the Most Holy Rosary of the Philippines

INTRODUCCIÓN

En 1565, una expedición encabezada por el adelantado Miguel López de Legazpi se asentaba en las Filipinas. Poco tiempo después de su llegada a Cebú, en 1571 los castellanos se instalaron en Manila y ello les proporcionó un enclave estratégico en tierras asiáticas, de la misma manera que, desde hacía años, los portugueses tenían Macao. Manila fue para los castellanos no sólo un punto valioso para el comercio de la zona sino también una puerta abierta para la evangelización de los reinos vecinos como Japón y China, de la misma manera que previamente las Antillas habían servido como base para la evangelización del continente americano. Además, en este momento el monarca era el máximo responsable de la labor misionera gracias al *derecho de patronazgo real*, concretado en el *padroado* para el reino de Portugal y en el *patronato* en el caso del reino de Castilla. Es decir, los monarcas tenían la autorización, pero también la obligación, de erigir catedrales, iglesias, monasterios y conventos en de las esferas definidas dentro de su *patronazgo*; podían presentar al Pontífice listas de candidatos para el cargo de obispo y, además, gozaban de plena jurisdicción eclesiástica en sus tierras.¹

El afán colonial europeo del siglo XVI que impulsó las expediciones de la época necesariamente debe enmarcarse en el interés por controlar nuevos territorios y, a su vez, evangelizarlos. Ello explica que en ellas viajaran de manera conjunta tanto representantes del poder político-militar como del estamento religioso.² En la expedición de Legazpi enviada por Felipe II, había un grupo de agustinos, fray Martín de Rada y Andrés de Urdaneta, que fue la primera de las órdenes mendicantes en asentarse en

1. En este aspecto seguimos lo señalado por Nicolas Standaert (ed.), *Handbook of Christianity in China. Volume One: 645-1800*, Leiden, Brill, 2001, p. 296.

2. Un buen ejemplo de ello es el grabado alegórico que aparece al principio del libro *Conquistas de las Islas Filipinas* (1698) de Gaspar de San Agustín, así como también en el título completo de la obra *La temporal por las armas del señor don Phelipe segundo el Prudente; y la espiritual por los religiosos del Orden de nuestro Padre San Agustín*. Mientras que a la izquierda de la imagen aparecen fray Andrés de Urdaneta, fray Martín de Rada y un grupo de religiosos, a la derecha están representados el rey Felipe II y el almirante Miguel López de Legazpi, acompañados por soldados.

las Filipinas. Algunos años más tarde, en 1578, llegaron a las Filipinas los miembros de la Orden Seráfica y, en la década siguiente, los religiosos de la Orden de Predicadores con una primera avanzada en 1581 de fray Domingo de Salazar y el padre Cristóbal de Salvatierra, y de una manera más organizada a partir de 1587. Así pues, la expansión y asentamiento de los órdenes mendicantes castellanas en las denominadas *Indias Orientales* fue progresiva y se realizó antes de finalizar el siglo XVI.

1. FUNDACIÓN DE LA PROVINCIA DEL SANTÍSIMO ROSARIO DE FILIPINAS

La llegada de la Orden de Predicadores a las Filipinas hizo emerger la necesidad de crear en las islas una provincia religiosa cuyo objetivo principal fuera la predicación del evangelio en las Filipinas y otros territorios de Asia oriental adyacentes. La fundación de la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas responde precisamente a este objetivo y se debe, fundamentalmente, al dominico fray Domingo de Salazar,³ nombrado primer Obispo de las islas en 1579. Antes de su llegada a Filipinas, Salazar ya había puesto en evidencia la necesidad de que se fundara allí una Provincia de la Orden que fuera autónoma, de la misma manera que en 1578 una bula papal de Gregorio XIII había erigido la diócesis y catedral de Manila, que la convertía en independiente de México.⁴ El historiador dominico fray Diego Aduarte, en su *Historia de la Provincia del Santo Rosario de la Orden de Predicadores en Filipinas, Japón y China*, escrita en Manila en 1640, se hace eco de la voluntad que desde el primer momento existía entre los religiosos pertenecientes a la Provincia de Santiago de México de fundar una provincia propia en las *Indias Orientales* que llevara a cabo la evangelización de las nuevas tierras en Asia: «Tratose aquesto con mucho acuerdo entre los Padres graves y santos de que estaba muy rica la religiosísima Provincia que esta Orden tiene en México, y parecioles cosa indecente a nuestra profesión, no hallarse religiosos nuestros en esta conversión nueva de que oían cosas tan grandes y necesidad tan extrema, y comunicándolo entre sí, convenían todos en que se debía tratar de venir a ella».⁵

3. Fue misionero en México durante casi 25 años, Procurador de la Provincia de España entre 1575 y 1578, y finalmente primer Obispo de Filipinas. Para una biografía amplia y completa de este dominico véase Hilario María Ocio y Viana, *Reseña biográfica de los religiosos de la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas desde su fundación hasta nuestros días*. (2 tomos), Manila, Real Colegio de Santo Tomás, 1891, pp. 35-49.

4. La llegada de los dominicos al continente americano y su organización interna había supuesto la creación de siete provincias antes de finalizar el siglo XVI: Santa Cruz (1530), Santiago de México (1535), Perú (1539), Chiapa y Guatemala (1551), Colombia (1551), Quito y Chile (1586).

5. Diego Aduarte, *Historia de la Provincia del Santo Rosario de la Orden de Predicadores en Filipinas, Japón y China*, Manila, Libro I, cap. I, p. 1. En este trabajo las citas proceden de la versión digitalizada de la Biblioteca Virtual del Patrimonio Bibliográfico: <https://bvpb>.

Y en especial con miras a la evangelización de China: «Aunque los deseos y el celo de las almas, con que los religiosos vinieron a estas partes, fueron generales para todas estas gentes, que, ignorando a su Dios, servían al demonio; siempre les movió mucho más el que tenían de la conversión del gran reino de China, que, como es sin comparación mucho mayor en número y cualidad de su gente, de mayores entendimientos y mayor policía, es mayor lástima de verlos tan ciegos».⁶

El mismo año en el que fray Domingo de Salazar llegó a las Filipinas junto con un grupo de jesuitas y el dominico fray Cristóbal de Salvatierra, la Provincia de Santiago de México había encargado al dominico fray Juan Crisóstomo que llevara a cabo el proyecto. A mediados del mismo año 1581, este religioso obtuvo la aprobación del Maestro General de la Orden, el padre Pablo Constable de Ferrara, para la fundación de la nueva Provincia y también para reunir una primera misión de treinta religiosos que pudieran acompañarle a las Filipinas. Además, fue nombrado Vicario General de la nueva Provincia, con atribuciones de Provincial. Acto seguido, fray Crisóstomo se dirigió a Roma. Aquí obtuvo la aprobación apostólica de Gregorio XIII para la fundación de la nueva Provincia –mediante los Breves del 15 de septiembre y 20 de octubre de 1582–,⁷ y fue confirmado en el cargo de Vicario General. Tras todos estos pasos, solamente quedaba pendiente obtener el permiso de la corte de Madrid, que se demoró hasta 1585. Inicialmente se consideró que no existía ninguna compensación que justificara los gastos derivados de la fundación de la Provincia en las islas. Finalmente, la Cédula Real de 20 de septiembre de ese mismo año expedida en Tortosa aprobó una expedición de veinticuatro religiosos rumbo a las Filipinas, que después fue ampliada a otros quince más, para la fundación de la nueva Provincia. En total fueron 40 religiosos, incluido el padre Crisóstomo. Así queda informado en una carta dirigida al gobernador general de Manila por mando del rey Felipe II: «Doctor Santiago de Vera, mi Gobernador y Capitán General de las Islas Filipinas, y Presidente de mi Audiencia Real, que en ellas reside: El Padre Fr. Juan Crisóstomo de la Orden de Santiago va a esas Islas, y lleva veinte y cuatro religiosos de su Orden, con el fin de plantarla en ellas y gran deseo, según me han significado, de ocuparse en la Doctrina y enseñamiento de los naturales e idólatras que no tienen conocimiento de nuestra santa Fe Católica».⁸

mcu.es/es/consulta/registro.do?id=397558. También existió una edición impresa moderna, Manuel Ferrero (ed.), Diego Aduarte. *Historia de la Provincia del Santo Rosario de la orden de predicadores en Filipinas, Japón y China*, Madrid, CSIC, 1962-1963, 2 vols.

6. Diego Aduarte, *Historia*, Libro I, cap. XXVII, p. 94.

7. El breve del 15 de septiembre de 1582 está recogido en Diego Aduarte, *Historia*, Libro I, cap. II, pp. 5-6.

8. Diego Aduarte, *Historia*, Libro I, cap. III, p. 9. También la recoge Hilario María Ocio y Viana, *Reseña biográfica*, p. 14.

A mediados de 1586, un grupo de cuarenta religiosos se embarcó en Cádiz rumbo a México. Al frente de la expedición iba fray Juan de Castro, nombrado Vicario General de la nueva Provincia tras la renuncia de su predecesor, fray Crisóstomo. De Veracruz pasaron a Puebla de los Ángeles y México, y se distribuyeron por los distintos conventos para ayudar a la evangelización de los naturales.⁹ Además, a su llegada a Nueva España, el nuevo Vicario General redactó y fueron firmadas por veinte religiosos las *Ordenaciones Primordiales* de la Provincia filipina, que finalmente fueron aprobadas en enero del año siguiente.¹⁰ Del grupo de religiosos que llegaron a Nueva España –muchos perecieron durante el viaje y unos pocos inmediatamente después de su llegada a Nueva España–, algunos permanecieron allí, unos cuantos decidieron regresar a España, algunos se embarcaron hacia Macao –ciudad en la que desembarcaron tres dominicos en abril de 1587–,¹¹ y algunos otros pusieron rumbo hacia las Filipinas. En concreto, un grupo de quince religiosos llegó al puerto de Cavite en julio de 1587 y desde allí se dirigió a la ciudad de Manila, donde fue recibido por el gobernador Vera.

En 1588 se celebró el primer Capítulo Provincial en el que se confirmó el título de Provincia del Santísimo Rosario. Algunos años después, en 1592, el Capítulo General de la Orden celebrado en Venecia ya la incluía como una Provincia más al frente de la cual estaba fray Juan de Castro.¹² Todo ello quedó corroborado en las Actas del Capítulo General de Valencia de 1596 en las que aparece con el nombre de “Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas”.¹³

2. LAS ACCIONES INICIALES DEL APOSTOLADO DOMINICO EN LAS FILIPINAS

Inicialmente, los religiosos que llegaban a la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas procedían de manera casi exclusiva de los conventos de España y México –en épocas posteriores también hubo dominicos procedentes de otras provincias europeas o americanas–, y antes de finalizar el siglo XVI, ya eran más de medio centenar de dominicos los que habían salido de Nueva España rumbo a las Filipinas.¹⁴

9. Manuel González Pola, «Los dominicos en Filipinas», en *Los Dominicos y el Nuevo Mundo. Actas del I Congreso Internacional (Sevilla: 21-25 de abril de 1987)*, Madrid, Editorial Deimos, 1988, p. 262.

10. Diego Aduarte, *Historia*, Libro I, cap. VII, pp. 19-22.

11. Eran los padres Antonio Arcedian, Alonso Delgado y Bartolomé López.

12. Sin embargo, el decreto de erección de la nueva Provincia no aparece en las actas del Capítulo debido a un error del impresor. Diego Aduarte, *Historia*, Libro I, cap. XXV, p. 89.

13. Pablo Fernández, *Dominicos donde nace el sol*, Barcelona, 1958, pp. 28-29.

14. Según los datos ofrecidos por González Pola, en 1588 llegaron a las Filipinas cinco dominicos, al año siguiente otros cinco, en 1595, quince, al año siguiente ocho y en 1598, veintidós. González, «Los dominicos en Filipinas», p. 264.

El grupo inicial de quince religiosos que entró en Manila en 1587, al frente del cual estaba fray Castro, fue dividido. Unos pocos fueron enviados a evangelizar las diversas zonas de apostolado, inicialmente a Bataán y Pangasinán, y a las que luego se añadirían Cagayán, Batanes y Babuyanés.¹⁵ Los religiosos enviados a estas dos zonas de apostolado inicial fueron los siguientes:

Apostolado de Bataán	Apostolado de Pangasinán
<ul style="list-style-type: none"> • Fr. Juan Ormaza o de Santo Tomás (Vicario) • Fr. Alonso Jiménez • Fr. Pedro Bolaños • Fr. Domingo de Nieva 	<ul style="list-style-type: none"> • Fr. Bernardo Navarro o de Santa Catalina (Vicario Provincial) • Fr. Gregorio Ochoa de San Vicente • Fr. Juan de Castro (sobrino del Vicario General) • Fr. Pedro de Soto • Fr. Marcos Soria de San Antonio • Fr. Juan de la Cruz

Fuente: datos a partir de Aduarte, *Historia*, p. 28.

En Manila, junto con el Provincial Fr. Juan de Castro, quedaron asignados Fr. Miguel de Benavides (Vicario General), Fr. Diego Soria, Fr. Juan Maldonado y Fr. Pedro Rodríguez. Estos religiosos se quedaron en la ciudad para articular las misiones en las islas y para hacerse cargo de la administración de los chinos, tema sobre el que volveré más adelante. Inicialmente se alojaron en el convento que tenían los franciscanos,¹⁶ aunque enseguida tuvieron como labor principal la construcción de un convento propio, que sería el primero de la orden. A principios de 1588, gracias a la ayuda del obispo de Manila –que según Aduarte aportó trescientos pesos–, a las múltiples limosnas que recibieron de grandes bienhechores de la ciudad como doña Ana de Vera, mujer del maese de Campo Pedro de Chaves, y doña María de Céspedes, los dominicos pudieron erigir el convento, al frente del cual estuvo fray Diego Soria, dominico que había llegado a las islas el año anterior.¹⁷

El convento de Santo Domingo de Manila fue el único convento formal hasta el siglo XIX. Los demás conventos no lo eran *strictu sensu*, sino que eran considerados *casas (domus)* o vicarías, que estaban distribuidas en las distintas áreas de evangelización y en cada una de las cuales había

15. Para una panorámica general acerca la presencia de los dominicos en Filipinas y su apostolado véase Manuel González Pola, «Evangelización de los dominicos en Filipinas (siglo XVII)», en *Los Dominicos y el Nuevo Mundo. Actas del III Congreso Internacional (Granada: 10-14 de septiembre de 1990)*, Madrid, Editorial Deimos, 1991, pp. 465-493.

16. Diego Aduarte, *Historia*, Libro I, cap. X, p. 28.

17. Diego Aduarte, *Historia*, Libro I, cap. X, p. 30.

dos, tres o cuatro religiosos. Tal como señala el dominico Fernández, las vicarías se establecieron no como lugares para llevar a cabo la vida regular sino como centros de la actividad misional. Todas estaban encabezadas por un Vicario Provincial, nombrado desde Manila y confirmado por el Consejo de Provincia. Para las misiones de China, existía el *Vicario de China* que ejercía autoridad sobre los dominicos que estaban allí, organizaba el territorio chino en áreas para su evangelización y asignaba los misioneros a las distintas áreas. Además, era el encargado de convocar, en caso necesario, reuniones especiales para debatir la política misionera –las denominadas *juntas*–, y decidía qué libros necesitaba la misión imprimir en lengua china para cubrir sus necesidades evangelizadoras.¹⁸

Tras haber fundado el convento de Santo Domingo de Manila y haberse proyectado por el archipiélago filipino, los dominicos se expandieron de manera progresiva por algunos de los reinos circunvecinos: a Japón en 1602 (hasta 1637), a la Isla Hermosa (Taiwán) en 1626 (hasta 1658), y en 1632 y 1676 (hasta 1955) a China y Tonkín (Vietnam), respectivamente.

Desde el primer momento, los miembros de la Orden de Predicadores adoptaron como método de predicación la instalación permanente de los religiosos en el lugar de evangelización y apostaron por una penetración en el territorio pacífica. Rehusaron, pues, la compañía de soldados –excepto en alguna ocasión muy puntual–, tal como habían hecho en tierras americanas, secundando así la doctrina de fray Bartolomé de las Casas y la del Obispo Salazar con respecto a las Filipinas y China.

Desde su fundación a principios del siglo XIII, la Orden de Predicadores puso especial énfasis en el estudio, entendido como la formación necesaria para dos de las principales funciones que se atribuían a sus miembros: la predicación y la salvación de las almas.¹⁹ Por ello, en los capítulos generales de la Orden –asamblea de frailes representantes de las diferentes provincias–, el estudio fue con frecuencia un tema central. Entre otros aspectos, en los capítulos generales se remarcaba la necesidad de que no faltaran en los conventos ni los libros ni los materiales necesarios para el estudio y se pedía que los frailes aptos para el estudio estuvieran bien considerados.²⁰ La orden de los dominicos, pues, estuvo siempre muy vinculada al estudio, y los religiosos que partieron tanto hacia América como hacia Asia pusieron especial empeño en dos aspectos: favorecer la fundación de Universidades y potenciar el aprendizaje de las lenguas locales.

18. En este punto se ha seguido lo apuntado por Pablo Fernández, *Dominicos*, pp. 43 y ss.

19. Igor Sosa, «La Orden de Predicadores: estructuras, tendencias, globalización (s. XVI-XVII)», *eHumanista/Conversos*, 5 (2017), p. 153

20. Antonio Bueno, «Traducción y evangelización en la misión dominicana de Asia Oriental en los siglos XVI y XVII», en Antonio Bueno (ed.), *Los dominicos españoles e iberoamericanos y la traducción*, Granada, editorial Comares, vol. 2, 2018, pp. 209.

En relación con el primer aspecto, precisamente por la importancia otorgada al estudio, los dominicos tuvieron un papel fundamental en la fundación y apoyo de las universidades en el Nuevo Mundo: Santo Tomás de Aquino en Santo Domingo (1538), la de San Marcos en Lima (1551), la de Santo Tomás en Bogotá (1580) o la de México son algunos ejemplos.²¹ En las Filipinas, tras haber erigido el convento de Santo Domingo en Manila, en 1645 fundaron la Universidad de Santo Tomás (sobre la base del colegio dominico de 1611)²² desde la que se impulsó la educación humanística en las islas, especialmente a través de la enseñanza de las lenguas clásicas y la retórica.²³

3. LA FORMACIÓN EN LENGUAS

A principios del siglo XVII los dominicos fundaron el colegio de Nuestra Señora del Santísimo Rosario en Manila para la formación de jóvenes sacerdotes. En él se impartían grados de teología, filosofía y artes. En 1645 el colegio fue elevado por el Papa al rango de universidad. A diferencia de los jesuitas, que se unían a la misión después de nueve años de entrenamiento académico y espiritual en sus lugares de origen –así como también en Roma, Goa o Macao–, los dominicos en muy rara ocasión pasaban años de estudio formal antes de su carrera misionera.²⁴

Para la predicación y evangelización, adoptaron la norma de aprender la lengua de los naturales a quienes se iba a evangelizar y para que la predicación e instrucción tuvieran un efecto más duradero, procuraron exponer por escrito y de modo ordenado la doctrina cristiana en libros de índole diversa: catecismos, historias sagradas, etc. Como señala Aduarte en su historia: «Pocos eran los religiosos que, al llegar a Filipinas, no se dedicaban con empeño al aprendizaje de una lengua o dialecto. Los destinados a Cagayán tenían que aprender el ibanag; los misioneros de

21. Isaac Donoso, «La excepción universitaria europea en Asia: Santo Tomás de Manila», Pedro Aullón (coord.), *Metodologías humanísticas en la era digital*, Madrid, Instituto Juan Andrés, vol. I, 2019, pp. 184.

22. Para un estudio detallado de cada una de estas instituciones véase Gillet (1939: 321-335). Sobre la Universidad de Manila véase Manuel González Pola, «La Universidad de Santo Tomás en Manila», *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas V* (1969), pp. 21-30 y Antonio M. Molina, «Comienzos y proyección de la Universidad de Santo Tomás de Manila», en *Actas del III Congreso Internacional sobre Dominicos y el Nuevo Mundo (Granada 10-14 de septiembre de 1990)*, Madrid, editorial Deimos, 1991, pp. 473-751.

23. Isaac Donoso, «El modelo universitario europeo en Asia: la Universidad de Santo Tomás de Manila (1611) y la civilización filipina», *Hispanogalia. Revista hispano-francesa de Pensamiento, Literatura y Arte*, Francia, Consejería de Educación, Embajada de España en Francia, (2008), p. 159.

24. Eugenio Menegon, *Ancestors, Virgins and Friars. Christianity as a local religion in late imperial China*, Cambridge, Harvard University Press, 2009, p. 46.

Pangasinán, el pangasinán; los de Bataán, el tagálog, y, finalmente, los ministros de los chinos, el difícil e intrincado dialecto de Amoy».²⁵

En cuanto al aprendizaje de las lenguas locales, aunque las directrices imperiales seguían la orientación de Nebrija acerca de que «*siempre fue la lengua compañera del imperio*», los frailes que partieron hacia América y Asia se inclinaron desde el primer momento por aprender las lenguas locales.

En este aspecto es importante tener en cuenta que la Orden de Predicadores nació en un contexto de combate contra las herejías. Por ello, de manera muy rápida las escuelas de lenguas que se fueron creando en la península ibérica cobraron importancia: era necesario aprender las lenguas de los países no cristianos para poderlos convertir. Se abrieron estudios de árabe y hebreo en diferentes ciudades de la península y en el siglo XIII ya existían centros de lenguas orientales en diversas ciudades, como por ejemplo Valencia, donde no sólo se podía aprender la lengua sino también la cultura y tradiciones de los países donde los dominicos iban a evangelizar.²⁶

En las Filipinas, los dominicos siguieron exactamente la misma orientación y desde el primer momento se dedicaron al estudio y al aprendizaje de las lenguas de los naturales a los que iban a evangelizar, tomando de esta manera conciencia de la diversidad lingüística existente.²⁷ Son muchos los ejemplos de religiosos que acabaron aprendiendo diversas lenguas. Es el caso del dominico italiano del siglo XVII, Vittorio Riccio, que en sus cartas señalaba que a lo largo de su vida había aprendido diversas lenguas, entre las que señalaba, el latín, el italiano, el español, el tagalo y el chino.

En Manila, los dominicos habían quedado al cargo del *parián* –el barrio chino de la ciudad– por lo que desde el primer momento estuvieron en contacto con los *sangleyes* –los chinos– y empezaron a aprender su lengua, tanto el *minnanhua* 閩南語 –que era el dialecto de la provincia de Fujian que hablaban los chinos de Manila– como el *guanhua* 官話 o lengua mandarín. En este sentido, la misión dominicana de Manila fue también el terreno de entrenamiento perfecto para los misioneros que deseaban pasar posteriormente a China. Tal como señala Menegon, «los logros lingüísticos de los misioneros en Manila se reflejan en la serie de catecismos en lengua china que se imprimieron con el método xilográfico a finales del siglo XVI y principios del XVII por los chinos cristianos del *parián* de Manila».²⁸

25. Diego Aduarte, *Historia*, Libro I, cap. X, p. 30.

26. Antonio Bueno, «Traducción y evangelización», p. 209.

27. Georg Bossong, «Misioneros en China. Francisco Varo (1627-1687), autor de la primera gramática del mandarín, en su contexto lingüístico e histórico-cultural», *Boletín Hispano Helvético*, 21 (2013), pp. 132

28. Eugenio Menegon, «Ancestors, Virgins and Friars: The Localization of Christianity in Late Imperial Mindong (Fujian, China), 1632-1683», PhD. Dissertation, Berkeley,

Estos primeros textos utilizaban seguramente el vocabulario de la zona sur de China y la pronunciación de los chinos de Manila, y en cuanto a formato es muy probable que estuvieran influidos tanto por los catecismos mejicanos compuestos por los dominicos en lenguas nativas como también por la primera *doctrina* compuesta por el jesuita Ruggieri en Guangdong, el *Tianzhu shengjiao shilu* 天主聖教實錄.²⁹ El tiempo que los misioneros dominicos emplearon en la evangelización de los chinos del *parián* les proporcionó un conocimiento de los dialectos de la zona del sur de China, y además un acceso a la red de gentes y comercio que había florecido entre Manila y la provincia china de Fujian.

Por lo tanto, si bien uno de los elementos esenciales de la tan admirada acomodación de los jesuitas fue su dedicación al estudio de la lengua china, atribuirles esta orientación de forma exclusiva resulta claramente abusivo ya que el análisis de las acciones de apostolado de los dominicos muestra esta misma orientación desde el primer momento. Son numerosos los casos de dominicos que, en sus escritos, remarcaban la importancia de este aspecto. Así, por ejemplo, el dominico vallisoletano Fernández de Navarrete, en varias de las obras que escribió sobre China remarcaba la importancia del aprendizaje de la lengua china, no sólo como herramienta para la predicación sino también como medio para acceder directamente a los libros chinos y poder interactuar con los funcionarios. Si bien se quejaba de las dificultades que presentaba la lengua, en más de una ocasión acabó rendido a la belleza del idioma hasta el punto de que, según sus palabras, el embrujo era tal que no podía dejar de estudiarlo: «me aficioné tanto a ella, que no podía dexar los libros de la mano».³⁰

Precisamente refiriéndose a este religioso, los padres Ferrando-Fonseca escribían en su *Historia de los PP. Dominicos de las islas Filipinas*: «Habían transcurrido desde entonces algunos meses no más, y era ya dueño absoluto de un idioma que hizo suyo como su lengua natal, dominando sin tropiezo todas las dificultades filológicas de un lenguaje tan extraño. Con igual facilidad estudió los caracteres y la escritura de los chinos, poniéndose en poco tiempo á la altura de la ciencia y literatura sínica, cuyos conocimientos especiales le sirvieran despues sobremanera para escribir con tanto acierto los tratados luminosos que diera á luz postreramente en defensa de la religión y de la fe».³¹

University of California, 2002, p. 56.

29. En este aspecto se ha seguido lo señalado por Menegon. Una copia digital de esta obra puede consultarse en la página web de los Archivos de la Diócesis Católica de Hong Kong. Véase: <http://archives.catholic.org.hk/books/ctj.12/index.htm>. (última consulta 19/09/2023).

30. Domingo Fernández de Navarrete, *Tratados históricos, políticos, éticos y religiosos de la monarquía de China*, Madrid, 1676, pp. 341-342.

31. Joaquín Ferrando-Fonseca, *Historia de los PP. Dominicos de las islas Filipinas y en sus Misiones del Japón, China, Tung-king y Formosa, que comprende los hechos*

En algunos casos, el manejo de la lengua china llegó hasta tal punto que los frailes llegaron a excusarse por el estilo parco que usaban en las cartas que enviaban a sus superiores afirmando «se me a olvidado en parte la lengua natural».³²

Relacionado con el aprendizaje de las lenguas, y tal como también habían hecho los jesuitas, para que la acción de su apostolado con los chinos tuviera un efecto más duradero, los dominicos pusieron por escrito los principales dogmas de la fe cristiana en libros escritos en chino de tipología muy diversa, realizaron traducciones y también escribieron artes y gramáticas de la lengua, vocabularios y diccionarios. A modo de ejemplo, y de manera sucinta, se presentarán a continuación algunos de los principales logros en cada uno de estos tres aspectos señalados.

En cuanto a los libros sobre la fe, los miembros de la Orden de Predicadores pusieron especial énfasis en escribir catecismos y libros sobre la doctrina cristiana. Este tipo de publicaciones seguían la misma línea de las que con anterioridad se habían desarrollado tanto en la península ibérica como en el Nuevo Mundo. En este grupo destacan el *Libro en caracteres chinos sobre la devoción del Rosario* de Cocchi (aunque no se sabe si llegó a ser impreso) o el *Catecismo en lengua china* y el *Librito en caracteres chinos para mover el deseo y amor de la virtud*, ambos de Juan Bautista Morales.³³ También es necesario destacar de Juan García el *Tianzhu sehngjiao rumen wenda*, que fue compilado a partir de catecismos o tratados chinos anteriores de entre los que García menciona el *Tianshen mogui shuo* de Diego de Pantoja, el *Tianzhu jing jie* y el *Shengmu jing jie* de Giacomo Rho, el *Qimeng* de Joao da Rocha o el *Jiaoyao jielüe* de Alfonso Vagnone.³⁴

En relación con la traducción de textos entre el español y el chino, ya a finales del siglo XVI existía una representación clara en las Filipinas con la traducción del libro chino *Mingxin Baojian* 明心寶鑑 de Fan Liben traducido del chino al español por el dominico Juan Cobo (1547-1593). Traducido con el título *Espejo rico del claro corazón*, se trataba de una selección de aforismos procedentes fundamentalmente de clásicos chinos. Casi un siglo más tarde, el también dominico Fernández de Navarrete lo tradujo en sus *Tratados históricos, políticos, éticos y religiosos de la monarquía de China* (Madrid, 1676) con el título *Espejo precioso*

principales de la historia general del Archipiélago, desde el descubrimiento y conquista de estas Islas hasta el año de 1840. (6 vols.), Madrid, Impr. y estereotipia de M. Rivadeneyra, 1870-1872, p. 569. [Edición moderna digital publicada en Madrid, Fundación Histórica Tavera, 1998].

32. Diego Coronado, *Relación sobre China*, 1665. Biblioteca Casanatense, ms. 1074, fol. 32v.

33. José María González, *Historia de las misiones dominicanas de China*, Madrid, Imprenta Juan Bravo, t. V: Bibliografías, 1966, p. 13-16.

34. Nicolas Standaert, *Handbook*, p. 611.

del alma o *Espejo que alumbra y comunica luzes al coraçon y interior del hombre* (se refiere a él como «Ming Sin Pao Kien»), aunque en ningún momento menciona el nombre de su autor. En los *Tratados* no aparece ninguna referencia a la traducción de Cobo y tampoco parece que hubiera tenido conocimiento de ésta.³⁵ A diferencia de la traducción de Cobo, la de Navarrete ha pasado mucho más desapercibida en la historiografía.³⁶ Tal como habían hecho los jesuitas, los dominicos también se emplearon en la traducción de textos confucianos. El propio Navarrete también tradujo y comentó una cantidad importante de sentencias confucianas que incorporó en sus *Tratados*, la mayoría procedentes de los *Cuatro Libros*

Finalmente, los dominicos también escribieron varias gramáticas, vocabularios y artes para que pudieran ayudar a futuros misioneros. Este es otro de los elementos que les asemejan a lo que estaban haciendo los jesuitas. Algunas de las gramáticas más antiguas de la lengua china fueron realizadas por los dominicos que estaban en las Filipinas y, fundamentalmente consistían en una descripción del *minnanhua* 閩南話, la lengua de los chinos que vivían en Manila.³⁷ Entre los vocabularios chino-español y gramáticas de los dominicos que pasaron a China se pueden destacar el *Arte y vocabulario de la lengua china* del dominico Juan Bautista de Morales, el *Vocabulario de letra china con explicación castellana* del dominico Francisco Díez, que recoge más de siete mil caracteres chinos o el *Diccionario español-chino* de Morales. Pero, sin lugar a duda, la obra magna de este movimiento lingüístico fue la obra del dominico Francisco Varo (1627-1687), que en 1682 compiló el *Arte de la lengua mandarina*, publicado en Cantón en 1703 por el franciscano Pedro de la Piñuela (1650-1704).

35. Como señala Ollé, la falta de referencias a la traducción de Cobo, las diferencias claras entre las dos versiones y la diferente traducción del título son elementos que permiten sostener que Navarrete ignoraba la existencia de la traducción de Cobo. Sobre este asunto véase Manel Ollé (ed.), *Rico espejo del buen corazón. Beng Sim Po Cam*, Barcelona, Ediciones Península, 1998, pp. 7-16.

36. Entre los escasos estudios sobre la labor de Navarrete como traductor véase Lothar Knauth, «El inicio de la sinología occidental. Las traducciones españolas del Ming Hsin Pao Chien», *Estudios Orientales*, México, V-I (1970), pp. 1-21; José Eugenio Borao, «Observaciones sobre traductores y traducciones en la frontera cultural del Mar de la China (siglos XVI y XVII)», *Cuaderno internacional de estudios humanísticos*, 19 (2013), pp. 205-220; Gabriel García-Noblejas, «Fray Domingo Fernández de Navarrete», *Centro Virtual Cervantes*, https://cvc.cervantes.es/obref/china/fray_domingo.htm [consulta: 25/09/2023];

37. El *minnanhua* es un dialecto de la provincia china de Fujian, que era el principal lugar de origen de los sangleyes de Manila. Por ello, los dominicos se familiarizaron y tuvieron que aprender también los dialectos de la zona sur de China y en los primeros textos que empezaron a publicar utilizaron el vocabulario propio de la zona sur de China.

4. ARCHIVO DE LA PROVINCIA DEL SANTO ROSARIO (APSR)

Las acciones misionales de los dominicos en las Indias orientales fueron aumentando a lo largo de los siglos. Tras la expansión inicial del siglo XVII, la Orden de Predicadores aumentó su presencia en algunos de los reinos vecinos, llegando a Corea del Sur (1989), Singapur (2001), Myanmar (2010) o Timor y Ceilán (2003).

Desde el momento de su fundación, los superiores al frente de la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas pusieron especial empeño en custodiar y conservar la documentación que se iba generando como resultado de la misión y expansión de la orden por los distintos territorios. El interés por la documentación contemplaba tanto la que se originaba en el seno mismo de la comunidad en Manila como la que los frailes, diseminados por todo el territorio, iban enviando a la ciudad.

Inicialmente el archivo de la Provincia del Santísimo Rosario se constituyó en el convento de Santo Domingo de Manila, que empezó custodiando la documentación de Filipinas y después la procedente de Japón, China y de los otros reinos en los que los dominicos tenían misiones. Esto fue así durante más de tres siglos, hasta que a raíz de la ocupación japonesa los fondos fueron trasladados a la universidad de Santo Tomás de Manila. En la posguerra, los fondos fueron trasladados de nuevo al convento, en esta ocasión al nuevo edificio construido en la ciudad de Quezón a unos 12 kilómetros al noreste de Manila. Sin embargo, la creación de la Provincia de Filipinas, dentro de la cual quedó adscrito el convento de Quezón, obligó nuevamente a trasladar los fondos, que quedaron guardados en el convento de San Juan del Monte, en las afueras de Manila, que pertenecía a la Provincia del Santísimo Rosario.

Finalmente, el capítulo provincial de la Provincia del Santísimo Rosario, que se celebró en la ciudad de Ávila en 1985, decidió que los fondos conservados en San Juan del Monte fueran trasladados al convento de Santo Tomás de Ávila, con excepción de una parte muy reducida que se quedó en Manila. Tras la preparación del espacio y la ordenación de los materiales, la documentación llegó al convento abulense en 1987.³⁸

En el archivo de la Provincia del Santísimo Rosario de Ávila se encuentran, fundamentalmente, tres tipologías de documentos: manuscritos –se conservan más de un millar, fundamentalmente de los siglos XVI y XVII aunque también hay abundante documentación del siglo XIX; documentos

38. En este último punto se ha seguido fundamentalmente el estudio realizado por el padre fray Donato González González, «El Archivo de Extremo Oriente de los Padres Dominicos de Ávila», en *Archivos, instituciones, cultura e influencia de Castilla y León en el Nuevo Mundo. Vol. 1: Los Castellanos y Leoneses en la Empresa de las Indias*, Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, 1993. pp. 195-219. También puede consultarse Eugenio Menegon, «Archivo de la Provincia del Santo Rosario (APSR)», *Sino-Western Cultural Relations Journal*, XVI (1994), pp. 73-75.

y libros impresos, con más de mil cuatrocientos volúmenes, de entre los cuales destacan los diccionarios; y finalmente materiales en formato microfilm, que fundamentalmente recogen el grupo de manuscritos que quedó en Manila.³⁹ El conjunto de estos materiales es de un valor innegable para la reconstrucción de las misiones dominicanas en Asia oriental, en especial en China y Filipinas, y también para resituar el papel de los dominicos en relación con la construcción de la imagen europea de China y el rol que los religiosos jugaron en las relaciones entre Manila y China durante la edad moderna.

En este sentido, y a modo de ejemplo, entre los manuscritos conservados en Ávila es necesario destacar el que escribió en 1667 el dominico italiano Vittorio Riccio, *Hechos de la Orden de Predicadores en China*, del que se conservan dos ejemplares en Ávila. El primero (Tomo 1), incompleto, data del siglo XVII y está muy deteriorado, por lo que su consulta resulta en algunos capítulos imposible. El segundo ejemplar (Tomo 2), en cambio, está completo y consta de 393 folios. A través del manuscrito de Riccio el lector obtiene una panorámica acerca de la entrada de la orden de los dominicos en China y a su situación en aquel imperio; el estado de las misiones dominicanas en el momento de la transición imperial Ming-Qing y las consecuencias que ello tuvo sobre los misioneros; y también la relación del religioso con la figura de Zheng Chenggong, líder del imperio marítimo Zheng que, además de luchar contra la penetración de los manchúes en China, lanzó una seria amenaza de conquista contra las Filipinas. Se trata, pues, de una valiosa fuente que permite al historiador no solamente realizar una historia eclesiástica de la orden dominica sino enlazarla con algunos de los temas que la historiografía más reciente ha incluido en los debates historiográficos, como por ejemplo la mediación que los religiosos llevaron a cabo en contextos interculturales o las embajadas –comerciales o políticas– que se realizaron entre diferentes agentes, civiles o religiosos.

En definitiva, los materiales conservados en el archivo de Ávila son una fuente excepcional que permiten al historiador reseguir las estrategias de predicación empleadas por los dominicos en las diferentes zonas de apostolado, y analizar también de qué manera la experiencia personal de cada uno de los religiosos y su capacidad de adaptación determinó las tácticas empleadas para predicar la palabra de Dios. El reducido número de religiosos que en general hubo en los diferentes reinos, y los contextos particulares con los que se toparon –con frecuencia poco favorable para la predicación, pues en diferentes zonas fueron recurrentes los períodos de persecución contra el cristianismo–, hicieron que más allá de las directrices generales fijadas por los superiores

39. Para mayor detalle sobre estos tres tipos de materiales véase Donato González, «El archivo de Extremo Oriente» véase en concreto pp. 197 y ss.

de la Orden y de las disputas eclesiásticas entre las órdenes acerca de los métodos de evangelización y de predicación –cuyo punto álgido fue la denominada *Querrela de los ritos*–, la experiencia personal de cada uno de los religiosos determinara el método empleado para predicar la palabra de Dios. Conocer las experiencias particulares de los religiosos –frente a la normativa de actuación de la propia orden a la que pertenecían–, y atender al contexto sociocultural en el que desarrollaban su labor de predicación⁴⁰ permitirá mostrar que los dominicos utilizaron algunos de los elementos asociados a la denominada acomodación de los jesuitas en China –como la dedicación al estudio de las lenguas o la publicación de libros para la evangelización– y que la historiografía había atribuido a los miembros de la Compañía de Jesús casi de manera exclusiva.

40. Giovanni Levi, «Sobre microhistoria», en Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, pp. 119-143.

BIBLIOGRAFÍA

- Aduarte, Diego, *Historia de la Provincia del Santo Rosario de la Orden de Predicadores en Filipinas, Japón y China*, Manila, 1693.
- Bossong, Georg, «Misioneros en China. Francisco Varo (1627-1687), autor de la primera gramática del mandarín, en su contexto lingüístico e histórico-cultural», *Boletín Hispano Helvético*, 21 (2013), pp. 131-152.
- Bueno, Antonio, «Traducción y evangelización en la misión dominicana de Asia Oriental en los siglos XVI y XVII», en Antonio Bueno (ed.), *Los dominicos españoles e iberoamericanos y la traducción*, Granada, editorial Comares, vol. 2, 2018, pp. 197-240.
- Donoso, Isaac, «El modelo universitario europeo en Asia: la Universidad de Santo Tomás de Manila (1611) y la civilización filipina», *Hispanogalia. Revista hispanofrancesa de Pensamiento, Literatura y Arte*, Francia, Consejería de Educación, Embajada de España en Francia, vol. 4 (2008), pp. 151-163.
- Donoso, Isaac, «La excepción universitaria europea en Asia: Santo Tomás de Manila», Pedro Aullón (coord.), *Metodologías humanísticas en la era digital*, Madrid, Instituto Juan Andrés, vol. I, 2018, pp. 137-151.
- Fernández, Pablo, *Dominicos donde nace el sol: Historia de la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas de la Orden de Predicadores*, Barcelona, 1958.
- Fernández de Navarrete, Domingo, *Tratados históricos, políticos, éticos y religiosos de la monarquía de China*, Madrid, 1676.
- Ferrando-Fonseca, Joaquín, *Historia de los PP. Dominicos de las islas Filipinas y en sus Misiones del Japón, China, Tung-king y Formosa, que comprende los hechos principales de la historia general del Archipiélago, desde el descubrimiento y conquista de estas Islas hasta el año de 1840*; 6 vols., Madrid, Impr. y estereotipia de M. Rivadeneyra, 1870-1872. Edición moderna digital publicada en Madrid, Fundación Histórica Tavera, 1998.
- González, José María, *Historia de las misiones dominicanas de China*, Madrid, Imprenta Juan Bravo, t. 5: Bibliografías, 1966.
- González González, Donato, «El Archivo de Extremo Oriente de los Padres Dominicos de Ávila», en *Archivos, instituciones, cultura e influencia de Castilla y León en el Nuevo Mundo. Vol. 1: Los Castellanos y Leoneses en la Empresa de las Indias*, Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, 1993, pp. 195-219.
- González Pola, Manuel, «Los dominicos en Filipinas», en *Los Dominicos y el Nuevo Mundo. Actas del I Congreso Internacional (Sevilla: 21-25 de abril de 1987)*, Madrid, Editorial Deimos, 1988.
- Levi, Giovanni, «Sobre microhistoria», en *Peter Burke (ed.), Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Editorial, 1991.

- Menegon, Eugenio, «Archivo de la Provincia del Santo Rosario (APSR)», *Sino-Western Cultural Relations Journal*, XVI (1994), pp. 73-75.
- Menegon, Eugenio, «Ancestors, Virgins and Friars: The Localization of Christianity in Late Imperial Mindong (Fujian, China), 1632-1683», PhD. Dissertation, Berkeley, University of California, 2002.
- Menegon, Eugenio, *Ancestors, Virgins and Friars. Christianity as a local religion in late imperial China*, Cambridge, Harvard University Press, 2009.
- Ocio Viana, Hilario María, *Reseña biográfica de los religiosos de la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas desde su fundación hasta nuestros días*, Manila, Real Colegio de Santo Tomás, 1891.
- Ollé, Manel (ed.), *Rico espejo del buen corazón. Beng Sim Po Cam*, Barcelona, Ediciones Península, 1998.
- Sosa, Igor, «La Orden de Predicadores: estructuras, tendencias, globalización (s. XVI-XVII)», *eHumanista/Conversos*, 5 (2017), pp. 152-166.
- Standaert, Nicolas (ed.), *Handbook of Christianity in China. Volume One: 645-1800*, Leiden, Brill, 2001.

Fuentes

- Biblioteca Casanatense, ms. 1074, Diego Coronado, *Relación sobre China*, 1665.

